



Discurso del Papa Francisco al Movimiento Apostólico de Ciegos (MAC) y a la Pequeña Misión para los Sordomudos

Aula Pablo VI, sábado 29 de marzo de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡bienvenidos!

Saludo al Movimiento Apostólico de Ciegos, que ha organizado este encuentro, con ocasión de sus Jornadas de Participación; y saludo también a la Pequeña Misión para los Sordomudos, que ha reagrupado muchas realidades de los sordos en Italia. Agradezco las palabras que me han dirigido sus dos responsables; y hago extensivo mi saludo a los miembros de la Unión Italiana de Ciegos y Disminuïdos de la Vista que toman parte en este encuentro.

Me gustaría hacer con vosotros una breve reflexión, a partir del tema “Testigos del Evangelio para una cultura del encuentro”.

Lo primero que observo es que esta expresión termina en la palabra “encuentro”, pero que en su comienzo está presuponiendo otro encuentro, el encuentro con Jesucristo. En efecto, para ser testigos del Evangelio hay que haberse encontrado con Él, con Jesús. Quien le conoce de veras, se convierte en testigo suyo. Como la Samaritana –que leíamos el pasado domingo–: esa mujer se encuentra con Jesús, habla con Él, y su vida cambia; vuelve entre los suyos y les dice: “Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿será el Mesías?” (Jn 4,29)

Testigo del Evangelio es aquel que se ha encontrado con Jesucristo, que lo ha conocido o, mejor aún, que se ha sentido conocido por Él, reconocido, respetado, amado, perdonado, y que este encuentro le ha afectado en lo más profundo, lo ha inundado de una nueva alegría, de un nuevo significado para su vida. Y esto se manifiesta, se comunica, se transmite a los demás.

He traído el recuerdo de la Samaritana porque es un claro ejemplo de ese tipo de

personas con las que a Jesús le gustaba encontrarse, para convertirlas en testigos; personas marginadas, excluidas, despreciadas. Y la samaritana lo era por su doble condición, de mujer y de samaritana, porque los samaritanos eran muy despreciados por los judíos. Pero pensemos en tantos con los que Jesús se quiso encontrar, sobre todo con personas marcadas por la enfermedad o por la discapacidad, para curarlas y reintegrarlas a su plena dignidad. Es muy importante el hecho de que precisamente estas personas se convierten en testigos de una nueva actitud, a la que podemos denominar cultura del encuentro. Un ejemplo típico es la figura del ciego de nacimiento, que nos será presentada mañana en el Evangelio de la misa (Jn 9,1-41).

Ese hombre era ciego de nacimiento, y estaba discriminado en nombre de una creencia errónea que lo consideraba alcanzado por un castigo divino. Jesús rechaza radicalmente este modo de pensar -¡que es un modo verdaderamente blasfemo!- y realiza en favor del ciego “la obra de Dios”, dándole la vista. Pero lo que llama la atención es que este hombre, a partir de lo que le ha sucedido, se convierte en testigo de Jesús y de su obra, que es la obra de Dios, de la vida, del amor, de la misericordia. Mientras los jefes de los fariseos, desde lo alto de su seguridad, les consideran, tanto a él como a Jesús, “pecadores”, el ciego que ha sido curado, con una sencillez pasmosa, defiende a Jesús y acaba confesando su fe en Él, y comparte también su suerte: Jesús sufre exclusión, él también queda excluido. Pero en realidad ese hombre ha entrado a formar parte de la nueva comunidad, basada en la fe en Jesús y en el amor fraterno.

Estamos ante dos culturas opuestas. La cultura del encuentro y la cultura de la exclusión, la cultura del prejuicio, porque se prejuzga y a continuación se excluye. La persona enferma o discapacitada, precisamente a partir de su fragilidad, de su limitación, puede convertirse en testigo del encuentro: el encuentro con Jesús, que nos abre a la vida y a la fe, y el encuentro con los demás, con la comunidad. En efecto, sólo quien admite su propia fragilidad, su propia limitación, puede establecer relaciones fraternas y solidarias, tanto en la Iglesia como en la sociedad.

Queridos amigos, os agradezco que hayáis venido y os animo a que sigáis adelante por esta senda, por la que ya camináis. Vosotros, los del Movimiento Apostólico de los Ciegos, haciendo que fructifique el carisma de María Motta, mujer llena de fe y de espíritu apostólico. Y vosotros, los de la Pequeña Misión para los Sordomudos, siguiendo los pasos del venerable Don José Gualandi. Y todos vosotros, los aquí presentes, deaos encontrar por Jesús: solo Él conoce verdaderamente el corazón del hombre, solo Él puede liberarle de su encierro y del pesimismo estéril, y abrirle a la vida y a la esperanza.

Y ahora, dirijamos nuestra mirada a la Virgen. En Ella se cumplió plenamente el primero de los encuentros: el encuentro entre Dios y la humanidad. Pidamos a la Virgen María que nos ayude a seguir adelante en esta cultura del encuentro. Y le imploramos con el Avemaría.□

Tradujo: Felipe Blanco